

Los precursores del Movimiento Moderno cobran una importancia que se acrecienta cada vez más, quizá porque en el lapso que va de 1880 a 1920 hubo quienes presintieron, propiciaron y produjeron cambios comparativamente más trascendentales que los que el urbanismo, la arquitectura y el diseño conocieron después de la Primera Guerra Mundial. Es lo que se advierte al examinar la obra y la vida de adelantados como Frank Lloyd Wright, Ebenezer Howard, Tony Garnier y Antoni Gaudí. La más reciente biografía de este último, preparada por el neerlandés Gijs van Hensbergen, arroja nuevas luces sobre la trayectoria de un auténtico creador llena de contradicciones y altibajos, de dudas y de férreas convicciones. Hensbergen consigna el origen artesanal de la familia en la que nació Gaudí en Reus, cerca de Barcelona, hace ciento cincuenta años (1852). Su padre y su abuelo fueron diestros caldereros, lo que sin duda influiría más tarde en la manera gaudiana de producir artesanalmente arquitectura, artes decorativas y otros objetos de diseño. La familia del joven Gaudí se sacrificó para que éste pudiera estudiar arquitectura, pero sus innegables dotes le permitieron destacar pronto en sus estudios y, más tarde, en su práctica profesional.

El telón de fondo de la biografía muestra inicialmente a la Barcelona de los últimos lustros del siglo XIX, cuando el moderno *ensanche* o crecimiento urbano proyectado por Cerdá en 1850 estaba todavía en proceso de ocupación. La urbe catalana se había consolidado gracias a las florecientes empresas coloniales y locales promovidas por una boyante burguesía, orgullosa y animada (parafraseando a Luis González, nuestro historiador) más por el amor a la patria regional que a la patria nacional. Gaudí vivió en esa época sus inicios como profesional. Sus primeras obras fueron eclécticas: como la casa Vicens, con rasgos neomudéjares muy geometrizados como los que empleaban otros contemporáneos suyos como Domènech i Montaner. A ese horizonte ecléctico también pertenecen su proyecto para una cooperativa obrera en Mataró, con una nave a base de arcos parabólicos de madera laminada (una de las primeras estructuras conocidas de este tipo) y los inicios de su labor en la Sagrada Familia, que se le asignó en 1883 luego de un fallido inicio a cargo de otro arquitecto.¹

Pero en el tránsito hacia el siglo XX ocurren varios cambios: primero, España pierde sus últimas colonias en Filipinas y Cuba; luego, sus centros industriales, particularmente Barcelona, conocen épocas de malestar y levantamientos sociales, con tintes de separatismo y anarquismo. Este periodo de cambios lo vive Gaudí con intensidad y de alguna manera influye en sus proyectos de madurez, como el parque Güell y las "casas" (en realidad, edificios) Batlló y Milà. Esta última, conocida popularmente como *la pedrera*, suscitó en su tiempo lo mismo despiadadas críticas que elogios sin límite.² Su conformación en planta a partir de espacios celulares contiguos y en alzado empleando superficies onduladas y alabeadas, sus vanos de fachada sin vértices ortogonales y su imaginativa cubierta en la que sobresalen caprichosas chimeneas y escultóricas torres de ventilación recubiertas con *trecadís* (mosaicos a base de pedacera de azulejos y loza doméstica) hacen de esta obra, erigida entre 1906 y 1909, quizá la más atrevida en su género de todo el siglo XX.³

El proyecto y las obras de La Sagrada Familia, que Gaudí había comenzado en su juventud, lo mantuvieron ocupado hasta su muerte en 1926. Improvisó un taller en la misma obra, con espa-

ALBERTO GONZÁLEZ POZO
Departamento de Teoría y Análisis
UAM-Xochimilco
albertog@servidor.unam.mx



Gaudí

a siglo y medio de su nacimiento

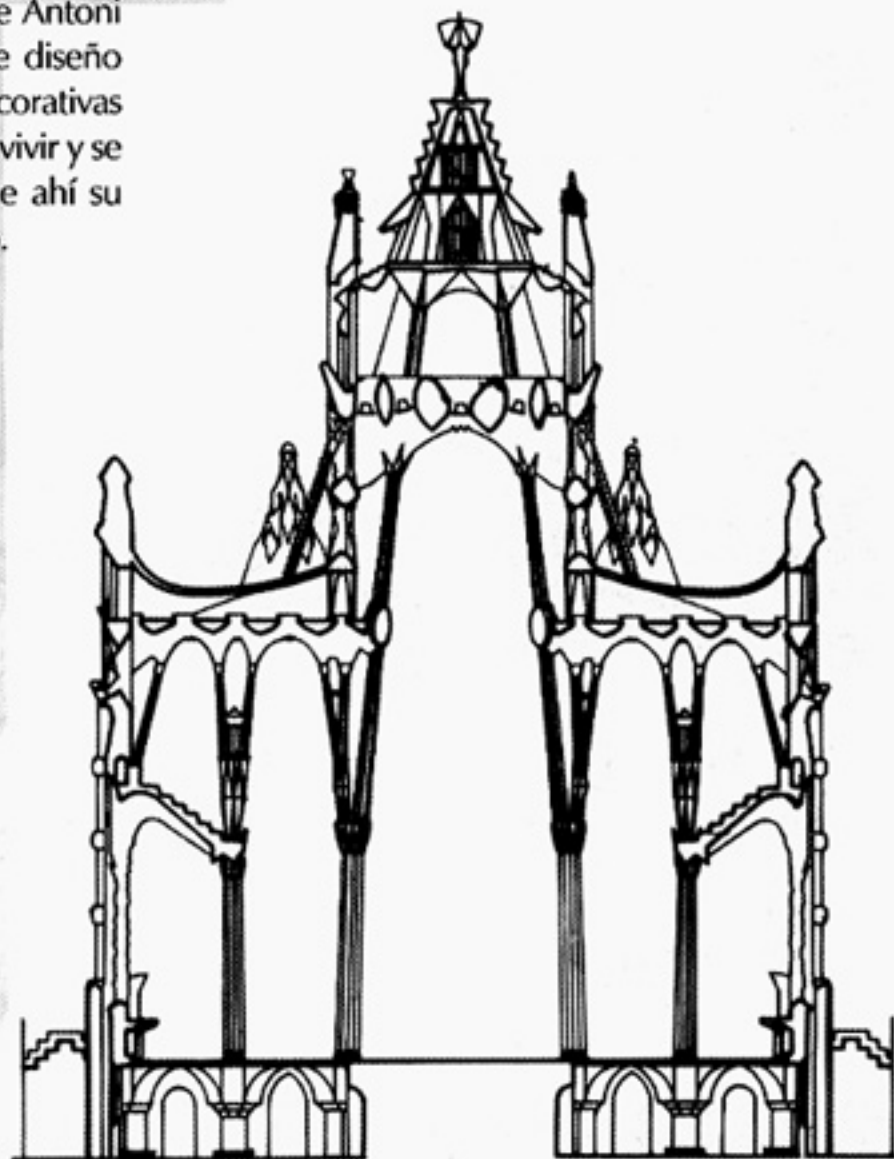
Gijs van Hensbergen, 2001, Plaza & Janés, Barcelona.

cios para los dibujantes, un taller de fotografía y otro para las singulares maquetas de estudio a las que nos referiremos en detalle más adelante. La pequeña habitación que servía de archivo sería su aposento personal durante los últimos nueve meses de su vida. Ya desde 1914, este genio había comenzado a tomar un aspecto de ermitaño, casi de mendigo.

Van Hensbergen traza esta biografía provisto de numerosas fuentes testimoniales de la época que le permiten acercarse bien a su personaje, para darnos a conocer sus sueños de juventud, su fidelidad incondicional a la cultura y a la lengua catalanas, sus pasajeras inquietudes socialistas, su áspero trato con la mayor parte de sus contemporáneos, su creciente misticismo,⁴ su asombrosa capacidad de trabajo y el pesimismo que lo embargó en sus últimos años. El biógrafo también se aproxima a los métodos de diseño de Gaudí, entre los que destacan sus ingeniosas maquetas de estudio a base de cordeltes que, al sostener pequeños trozos de plo-

mo, van formando una intrincada red de curvas catenarias que representan en forma invertida los esfuerzos que el arquitecto conducirá luego, sabiamente, por las bóvedas y los arcos de la capilla Güell y de La Sagrada Familia hasta las columnas inclinadas de las naves, evitando así los contrafuertes exteriores. Estos últimos le parecían a Gaudí feas muletas, incompatibles con una arquitectura racional.⁵

Las ilustraciones son apenas suficientes. Sin embargo, hay bastantes libros recientes sobre la obra gaudiana donde uno puede ver otras imágenes que no aparecen en esta publicación. De cualquier manera, la biografía elaborada por van Hensbergen viene a llenar un hueco entre los estudios gaudinistas. Uno deja su lectura con la sensación de que Antoni Gaudí avizoró y resolvió problemas de diseño urbano, de arquitectura y de artes decorativas que trascendieron la época que le tocó vivir y se extienden a nuestro propio tiempo; de ahí su vigencia. Fue, sin duda, un adelantado.



¹ El proyecto inicial de La Sagrada Familia pretendía erigir una iglesia neogótica, estilo aplicado extensamente en inmuebles institucionales en la segunda mitad del siglo XIX, pero Gaudí sólo le imprimió un aire vagamente emparentado con el gótico y desarrolló un estilo muy personal en esa obra todavía inconclusa. Acostumbrados a ver sólo los avances de la arquitectura en otras partes del mundo, a la mayoría de los mexicanos se nos escapa el siguiente hecho, relacionado con la construcción de la fachada-torre neogótica de la parroquia de San Miguel de Allende, Guanajuato, iniciada por el maestro albañil Zeferino Gutiérrez también en 1883: a algunos les parece que Gutiérrez no entendió y por lo tanto no supo plasmar cabalmente las formas del gótico en esa obra, pero no advierten que—guardadas las distancias con la Sagrada Familia y su famoso arquitecto— el modesto guanajuatense autodidacta también pretendía dar su propia interpretación de ese estilo.

² Los críticos y sobre todo, los caricaturistas de la época, encontraron todo tipo de apodosos despectivos para la Casa Milá: *avispero, bunker, madriguera de roedores, tiradero de*

chatarra, garage de zepelines, resto de accidente ferroviario o ruina de terremoto. Van Hensbergen cita a un comentarista, Rafael Puget, que se refiere así a su autor, a propósito de ese edificio: *...en un país en que la mayoría de las cosas están por hacer y en que lo poco que se ha hecho corre el peligro de que lo echen abajo o lo dejen sin acabar, nuestro arquitecto nació único y trabajó como si la arquitectura misma hubiera empezado en el preciso momento que él hizo su aparición en la tierra...*

³ Eso sin contar con que la Casa Milá es uno de los primeros edificios de departamentos en Europa que se construyó con todas las comodidades modernas, incluso aire acondicionado y garage para automóviles.

⁴ Como se sabe, ya hay un proceso iniciado para la canonización de Gaudí por esa faceta suya.

⁵ En este prurito por evitar los contrafuertes innecesarios, y en otros rasgos estructurales como el empleo de superficies alabeadas para las cubiertas, otros destacados arquitectos españoles como Torroja, Candela y Calatrava recorrerían más tarde, cada uno a su modo, el mismo camino que Gaudí.